

mecanicismo, todo lo complejo que se quiera, pero mecanicismo al fin y al cabo. Frappier denuncia también su incompreensión de la conciencia revolucionaria y de la radicalización política de las masas, y tacha de "utópica" la economía sexual porque no tiene suficientemente en cuenta esa dimensión política que hace que la conciencia inmediata de la propia miseria sexual pueda convertirse en conciencia de clase, revolucionaria.

Ninguno de esos reproches, acaso excesivamente severos, puede impedir que sigamos valorando la extraordinaria contribución de Freud al sacar el psicoanálisis del empolvado gabinete burgués para convertirlo en instrumento de liberación sexual y social de las masas oprimidas. ■ JOAQUIN RABAGO.

Un análisis de la inconsciencia ecológica

Hasta hace poco nos decían, desde el poder, que "vivíamos en el mejor de los mundos posi-

bles" y que "teníamos la suerte de ser españoles". Y la mayoría lo creía. Así, cuando el problema ecológico "llegó" a nuestro país este estúpido optimismo oficial se le hizo extensivo, y apenas nos dimos cuenta que nuestro aire se hacía irrespirable, que nuestros ríos eran cloacas, que nuestras ciudades eran inhabitables, y que nuestras especies más chovinísticamente glorificadas —lince, lobo, urogallo— podían extinguirse...

Hoy, en España, la preocupación por la Naturaleza sigue siendo algo minoritario. Ecológicos y estudiosos escasean y carecen de influencia. Ningún organismo se ocupa seriamente del medio ambiente, y no existe política gubernamental alguna digna de tal nombre. Ningún partido ha elaborado un programa u ofrece una alternativa ecológica válida; ni siquiera los progresistas, que apenas disimulan su mal humor por el "estorbo ecológico", que les impide concentrar totalmente su actividad en el aumento de salarios y en la política de partido —todo ello importante, pero parcial—. Al español medio no le interesa la Naturaleza, ni el medio, ciudad o pueblo en que vive...



Ante la inquietante panorámica, cualquier aportación, al tener que romper demasiados muros y superar infinitos tabúes, puede ser un acontecimiento, una verdadera acción heroica, sin duda, pero desmoralizante, fatigosa e irritante. Este es el caso de Carlos Carrasco, autor del libro que comentamos (1), fundador y presidente

(1) Introducción a una ecología política. Ediciones De la Torre. Madrid, 1977. Serie Vida. 238 páginas.

de AEORMA, con un fecundo historial ecologista.

Nos ofrece un libro irritado, polémico, de denuncia, en el que analiza el deterioro ecológico y sus repercusiones sobre los seres vivos, hombre incluido, demostrándonos las causas económicas, sociopolíticas e ideológicas, e indicando alternativas válidas.

Carrasco centra su crítica sobre todo en el problema nuclear, de tan profundas y ocultas raíces en España (y en otros países), al que dedica medio libro, mostrando y demostrando que las declaraciones tranquilizantes se deben a la ignorancia, al interés y a la mala fe.

Con gran coherencia, el autor va llevando su crítica hasta sus últimas consecuencias, buscando el origen ideológico, filosófico, de esta marcha hacia la autodestrucción. Denuncia la manipulación política de la ecología; el reformismo ecológico —cuando es necesaria una verdadera revolución— de los responsables de los países industrializados, capitalistas o socialistas; el culto a la tecnología, que no a la ciencia; los mitos del desarrollismo, del consumo, del cambio constante, del desequilibrio incesante; la huida ha-

ADIOS A LAS LETRAS

La amenaza del frigorífico

Los escritores escriben para huir del frío, para calentarse. Picasso, me decía Cela, cuando me lo encontraba de tertulia en el océano Atlántico, volviendo de México, quemaba sus cuadros para calentarse. Luego se instaló una calefacción que ya la hubiera querido para sí Miguel Ángel, que también pasó un frío sextino.

Quemar los cuadros para destruir el frío del ambiente no es nuevo. Los pobres que no consiguen los beneficios del rastrillo queman los cuadros de la herencia para ir tirando hasta que llegue el frigorífico, donde van a vivir helados eternamente, aunque esa heladera ya no les importa.

Los escritores de hoy son más vanidosos. Guardan los libros como si fueran de seda argentina. Hay gente que puede quemar sus libros y calentarse con ellos como si tuvieran a su disposición la mejor calefacción del mundo. Ahora no me voy a poner a dar títulos,

que no soy Miguel de Cervantes, pero cada lector podría iniciar una lista de sugerencias que podrían contribuir a darle al ambiente la calidez necesaria.

No comprendo cómo Manuel Barrios, el novelista sevillano, se queja de los propósitos de José Manuel Lara, el editor del Planeta. Resulta que Lara no le premia su libro, que decide con mucha antelación quién debe ganar los millones de su galardón y que le llama para decirle que guarde su "Río Quemado" para ocasión más propicia. Barrios no aguantó el chantaje y se quitó la pajarita. Ahora tiene los muebles en la calle. Se resiste a que Lara le quite el frigorífico.

Manuel Barrios ha hecho ahora un aspaviento con esto del frigorífico. Ha sido para desviar la atención. A los escritores andaluces de ahora no les importa el frigorífico, porque ellos no comen carne congelada, sino chanquetes, y los



Manuel Barrios.

mentos que anden ahora discutiendo en congreso lo que fue y debe ser la cultura andaluza. Antonio Gala no come chanquetes, simplemente, sino rabos de toro, u orejas de ternera, pero ninguna de ellas viene de frigorífico.

José Manuel Lara ha equivocado el tiro. A un escritor andaluz se le puede amenazar con quitarle los chanquetes, pero es imposible amedrentarle embargándole el frigorífico. Es como si Televisión le embargara ahora a Juan Cueto el televisor con el que ve los programas que no quiere ver. El nieto de Leopoldo Alas, el ovetense que escribe la crítica de televisión más lúcida del país, sería el hombre más feliz del mundo sin televisor. TVE debería embargárselo.

Manuel Barrios sería, sin frigorífico, el comedor de chanquetes más lúcido de nuestra Historia. Qué manía la de Lara esa de quitarle a la gente lo superfluo.

■ SILVESTRE CODAC.

chanquetes se reblandecen cuando prueban el frigorífico, que es un alimento mu malo.

José María Vaz de Soto, por ejemplo, jamás prueba un chanquete de frigorífico, que lo he visto yo de madrugada indignado porque el editor no le ha mandado los chanquetes del mes y él se tiene que conformar con el queso picón que inventan en la quesería.

Tampoco prueba chanquete de frigorífico el conglomerado de ele-